

## EL SERVICIO DE SIMÓN PEDRO

### Modelo original de un auténtico servidor de la unidad de la Iglesia

*Desde la perspectiva ecuménica, el tema del primado es complejo. Es habitual partir de los siempre recurridos textos del NT sobre el primado. Pero los resultados a los que se llega son limitados, por las características mismas de los mencionados textos. Podría ser interesante partir también de otros testimonios neotestamentarios, cuyo trasfondo histórico puede iluminar, al menos de distinta manera, en qué consistió históricamente el servicio de Pedro a la unidad de la iglesia.*

*Der Dienst Simon Petri. Urbild eines authentischen Dienstes an der Einheit der Kirche, Catholica 58 (2004) 212-234.*

El ministerio papal se puso entre paréntesis a los inicios del movimiento ecuménico, pero pronto se dio una disposición al diálogo. Ya en los años 70 hubo encuentros interconfesionales para tratar sobre el tema del servicio universal a la unidad en la Iglesia. Todo el interés se centraba en encontrar una vía renovada de ejercer el servicio de la unidad. Se desechó hablar de “ministerio papal” y se optó por “servicio de Pedro”. Se quería indicar que la nueva formulación no descansaba en el *status quo* romano sino directamente en Pedro y en el origen apostólico del servicio a la unidad. El cambio de “ministerio” a “servicio” indicaba que la preocupación universal de la unidad no debía desligarse de las estructuras de colegialidad, comunión y sinodalidad que impregnan la ige-

sia en su totalidad.

Con la encíclica *Ut unum sint* el mismo papa tomó cartas en el asunto, valorando lo conseguido e invitando a los participantes ecuménicos a intensificar el diálogo común. El mismo papa orienta su mirada a un renovado servicio a la unidad (cf. Lc 22,22). El obispo de Roma afirma: queremos hacer el esfuerzo de salir al encuentro de lo que nuestros hermanos cristianos desean y esperan justamente de nosotros (UUS 87), determinando lo esencial de la misión que le fue confiada una vez a Pedro y de cuya herencia él mismo no puede disponer (UUS 95). La nueva forma de ejercer este servicio de unidad no puede separarse de la forma apostólica que tuvo en los orígenes de la iglesia.

## **Eliminar los lastres históricos conservando lo esencial**

Si se comparan las actitudes de las confesiones cristianas no romanas y las del mismo papa en la encíclica *Ut unum sint*, existe al menos una consonancia formal en las posiciones fundamentales. Ambas posturas parten de que la forma de un futuro servicio universal a la unidad de la iglesia no puede deducirse sin más del ministerio papal actual ni puede inventarse de nuevo, sino que ha de establecerse a partir de una mirada renovada a los orígenes apostólicos. Ambas partes reconocen que, en el ministerio del obispo de Roma, es necesario distinguir entre el núcleo irrenunciable del servicio a la unidad de la iglesia, por una parte, y las funciones y derechos que, a lo largo de la historia, ha acumulado el ministerio papal, y no son requeridos de manera incondicional para su misión esencial de unidad, por otra. ¿En qué criterios apoyarse?

### **El camino ya recorrido**

En la búsqueda de estos criterios se ofrecen primeramente los textos clásicos del primado que aparecen en los evangelios. En ellos se ha apoyado la fe de la iglesia para explicar la vocación de Pedro al servicio de la unidad de la iglesia. Pero los resultados no resultan muy estimulantes.

Dos ejemplos lo pueden acla-

rar. El primero es la toma de posición de Otto Hermann Pesch, quien se acerca a la cuestión del servicio de Pedro en el contexto de consideraciones generales de cara a un posible progreso del ecumenismo. Pesch parte, una vez más, de los tres textos clásicos del primado y concluye que el hilo conductor de donde puede extraerse la misión petrina se limita a pocos datos fundamentales: Mt 16,18; Lc 22,31ss y Jn 21,17. Dado que estos puntos de partida dan “muy poco” de sí, todo lo demás que a partir de ellos quiera afirmarse sobre el ministerio del papa depende de la voluntad de unión de los cristianos.

Un segundo ejemplo lo encontramos en un artículo del cardenal Ratzinger. Sus afirmaciones se han de interpretar en el contexto de un simposio romano que dos años después de la encíclica *Ut Unum sint* se ocupó del primado del obispo de Roma. Ratzinger apoya su argumentación en los textos clásicos sobre el primado. Su posición tiene muy poco en común con la opinión de Hünermann, quien defiende que el ámbito de interpretación de los tres textos es amplio, mientras Ratzinger da a entender que es muy reducido.

El punto de partida es distinto. Hay que tener en cuenta que las palabras sobre el fundamento de la iglesia en la piedra (Mt 16, 18ss) o del pastor al que Jesús confía su grey (Jn 21,15-19) se basan en gran medida en imáge-

nes literarias. Y algo parecido se puede afirmar del texto en el que se propone a Pedro confirmar a sus hermanos (Lc 22, 31ss.). El valor de estos textos consiste en que poseen un contenido muy complejo cuya formulación es más o menos inteligible; pero, en todo caso, se trata de imágenes que ofrecen un contenido muy comprimido. Al intentar descomprimir estas expresiones, plásticas y poéticas, para establecerlas como punto de partida, se crean problemas específicos: las imágenes son polivalentes y, sólo después de una interpretación previa, adquieren una claridad que siempre resulta subjetiva.

La apertura interpretativa de la peculiaridad literaria propia de los textos sobre el primado se agrava más a la vista de la historia que dichos textos han tenido en las confesiones cristianas. Si la interpretación que de los tres textos hacen los citados autores católico-romanos es ya muy diferente, no es de esperar que el espectro cambie mucho cuando Pesch se refiere a las posturas de un teólogo ortodoxo o reformado.

### **El servicio de Pedro históricamente accesible**

¿Existe una alternativa que permita establecer criterios con un espacio de interpretación claramente menor y por ello más eficaces? Habría que partir de textos que nos den información de cómo

el mismo apóstol desarrolló su vocación. Dichos textos podríamos encontrarlos en las cartas de Pablo, en los Hechos de los Apóstoles y en los Evangelios. En estos escritos se nos habla de Pedro como testigo de primer rango de la resurrección (1 Co 15,3-5); se señala el puesto que le correspondía al apóstol en la comunidad primitiva de Jerusalén (Ga 1, 18-24; 2,1-10), así como en otros círculos del cristianismo primitivo (Ga 2,11-21); y arrojan una cierta luz sobre cierta actividad posterior supracomunitaria (1 Co 9,5).

Ha de ser posible extraer consecuencias de lo esencial del servicio de Pedro a partir de su actuación concreta, es decir, una cierta normativa que podría ser útil a quienes se encarguen con posterioridad de este servicio.

### **Validez de la normatividad de este servicio**

Por razones históricas, esta normatividad no puede ser absoluta sino relativa. En su servicio, Simón Pedro ha de enfrentarse a determinadas amenazas a la unidad de la iglesia; en cambio, otras amenazas, que aparecerán más tarde, no forman parte de su horizonte. De lo cual se deduce que su servicio a la unidad de la iglesia sólo puede ofrecer una respuesta, en principio auténtica, pero no necesariamente exhaustiva, sobre lo esencial de la misión petrina.

Ulteriores actualizaciones de un servicio petrino a la unidad, bajo la guía del Espíritu Santo, añaden facetas que implícitamente pertenecen a la vocación confiada a Pedro pero que no aparecen explícitamente en su concreto servicio histórico. Habría que dilucidar también el ámbito de una variación legítima de las líneas fundamentales aparecidas en el servicio de Pedro.

### **Distintas clases de textos**

Desde el punto de vista ecuménico, los textos que nos informan sobre el servicio de Pedro en la iglesia primitiva pueden aportar más de lo que aportan los ya mencionados textos sobre el primado. Esto se debe, de una parte, a la idoneidad de dichos textos y, de otra, a su aplicación histórica. El *corpus* textual analizable es más amplio y contiene muchos más aspectos a los que debe remitirse una interpretación objetiva. A ello hay que añadir que estos textos se refieren a acontecimientos históricos que siempre poseen una cierta dosis de lógica interna.

Estos textos no son imágenes poéticas sino narraciones descriptivas, estrechándose así el ámbito de las interpretaciones. No se debe dejar de lado que cada texto, en su proceso de comprensión por el lector, experimenta transformaciones específicas y que la escala de dichas transformaciones no es la misma en cada texto. Las dife-

rencias graduales citadas aquí son producto de una gran lista de factores que descansan en la elaboración del texto y en la situación de sus lectores. El margen de interpretación de un texto es tanto mayor cuanto más comprimido sea el texto y más lleno de imágenes poéticas esté su lenguaje. A favor de esta tesis está el hecho de que los contextos en los que se trata de expresar afirmaciones lo más unívocas posible demandan normalmente un lenguaje descomprimido, que apunta a lo concreto, así como un hilo conductor narrativo.

### **El texto y su influencia en la historia**

Si los argumentos de la idoneidad de los textos nos inclinan al punto de partida alternativo, éste recibe su impulso definitivo cuando se analiza su influencia en la historia. La eficacia histórica que estos textos sobre el primado han tenido en la iglesia católica ha sido muy distinta de la que han tenido en las iglesias no católicas. El relato antioqueno del enfrentamiento entre Pedro y Pablo (Ga 2,11), que ha merecido tanta explicación entre los teólogos de la iglesia reformada, apenas se insinúa en las obras antiguas de la iglesia católica, cuando no es pasado por alto vergonzosamente. Sin embargo, dichas especificaciones confesionales no juegan hoy en día ningún papel. La esencia eclesiológica que un Martín Lutero sacaba

de su estudio sobre el texto (es legítima en la iglesia una confrontación con la palabra del papa), es aceptada hoy por la mayoría de los teólogos católicos. Semejantes textos y sus paralelos en la recepción pueden constituir puntos de vista comunes en el servicio atribuible históricamente a Pedro y ser más ricos desde una perspectiva ecuménica.

Sin embargo, este punto de partida alternativo tiene también sus limitaciones. La primera consiste en su escaso número, en total cinco textos. De tan pocos textos no podemos esperar afirmaciones exhaustivas sobre el servicio de Pedro en la iglesia primitiva. Ni siquiera se podrán clarificar del todo estas cinco situaciones individuales. La cuestión sólo puede ser ésta: si lo que se desprende de los textos es circunstancialmente tan fragmentario, ¿pueden deducirse conclusiones responsables de ellos?

Tan alto grado de fragmentariedad entre los textos que hablan del servicio de Pedro es inaceptable. Sin embargo, la lectura de los relatos de la primera visita de Pablo a Jerusalén (Ga 1,18-24), del llamado primer concilio de Jerusalén (Ga 2,1-10) o de la confrontación antioquena (Ga 2, 11-21) nos transmiten la impresión de que ahí se está hablando de un conjunto interrelacionado. No es que estos textos hayan sido pasados por alto en las argumentaciones teológicas. Al contrario, como subraya James D.G. Dunn, se usa-

ron muy frecuentemente para sacar de ellos conclusiones eclesiológicas. Pero se han utilizado los pasajes sin preguntarse qué es lo que en realidad pasó entre Pablo y Pedro en Antioquía. Frente a este punto de partida, la alternativa que proponemos sería un indudable avance respecto al tratamiento habitual, incluso en el caso de que sólo se alcanzase una clarificación fragmentaria de las circunstancias históricas. Si hasta ahora lo normal fue sacar conclusiones eclesiológicas sin haber cuestionado la historia que hay detrás de los textos, hoy es mucho más apropiado extraer dichas conclusiones después de plantear la cuestión histórica que hay detrás de los textos. Así sería de esperar que la interpretación de estos textos pueda ofrecer visiones relativamente seguras acerca del servicio de Pedro en la iglesia primitiva.

### **¿Por qué estos cinco pasajes son tan importantes?**

Se puede objetar que los esfuerzos por descubrir perspectivas en el servicio de Pedro se refieren solamente a cinco sucesos muy limitados y que apenas pueden cubrir una parte relativamente pequeña de este servicio. Y esta objeción puramente cuantitativa no se puede invalidar. En efecto, una visión puramente cuantitativa es muy limitada y sólo puede llevar a perspectivas distorsionadas.

Sin embargo, se trata de las

siguientes situaciones: la reunificación postpascual de los discípulos que se habían dispersado, la toma de contacto de Pablo con los primeros apóstoles, la decisión en favor de una iglesia que vaya más allá de Israel y la consiguiente problemática de la coexistencia de cristianos judíos y cristianos paganos. Estos datos presentan sucesos que tuvieron un significado central en la historia del cristianismo primitivo. Las decisiones que se tomaron fueron precedidas de una dura confrontación. Esto es evidente, por ejemplo, en la cuestión de la libertad de circuncisión para la misión a los paganos en el llamado “concilio de los apóstoles” (Ga 2, 1-10). Y lo mismo vale para la descripción de la confrontación de Antioquia (Ga 2, 11-21). La cuestión de la relación entre cristiano-judíos y cristiano-paganos era una materia altamente conflictiva. La importancia de las decisiones que se tomaban habla a favor de que la figura del servicio de Pedro que se manifiesta en las situaciones mencionadas fuera decidida después de una reflexión muy meditada y consciente. Las visiones sobre el servicio de Pedro que resultan de estos textos no únicamente se refieren a aspectos marginales sino que constituyen puntos de referencia con un amplio significado y, bajo ciertas condiciones, han de ser vistos como típicos del servicio petrino.

El encuentro de Pedro con el Resucitado (1 Co 15, 3-5) se sitúa al comienzo del servicio petrino, mientras que el último texto cita-

do, en el que Pablo expresa el derecho que tiene el apóstol misionero a ser sostenido por la comunidad (1 Co 9 1,27), describe un estado de cosas que se dio en la última fase de la actividad de Pedro. Los tres restantes sucesos marcan situaciones entre estos dos extremos. Si seguimos la cronología de Udo Schnelles, estas cinco situaciones corresponden a un espacio de tiempo de veintiséis años. Este tiempo relativamente largo es apropiado para elevar su seguridad ya que, según las leyes de la estadística, la dispersión apropiada de un número limitado de informaciones aumenta la representatividad de las conclusiones que pueden obtenerse de ellas. La dispersión temporal de cada una de las afirmaciones individuales ofrece la posibilidad de distinguir posibles desarrollos del servicio de Pedro, aunque esto sólo puede hacerse con prudencia debido al escaso número de datos iniciales.

Los textos (de Ga, 1 Co, Hch y los evangelios) hablan explícitamente de la actividad postpascual de Pedro. Se trata de la situación inmediatamente posterior a la pascua, en la que Pedro se convierte en el primer testigo preeminente de la resurrección del Señor (1 Co 15, 3-5); de la primera y segunda visita a Jerusalén, que Pablo emprende como cristiano (Ga 1,18-24 y Ga 2 1-10); del encuentro conflictivo con Pedro en Antioquia (Ga 2, 11-21); y, finalmente, de la actividad posterior de Pedro como misionero ambulante (1 Co 9,5).

## La cuestión de las formas del servicio de Pedro

Las confesiones que se han abierto a un diálogo sobre el servicio universal de Pedro vinculan su interés a la cuestión de cómo se realizaría este servicio de forma concreta. Las posturas que rechazan el primado no apuntan tanto al primado en sí, cuanto a determinadas formas de su ejercicio.

Las posibles formas de cómo podría entenderse hoy este servicio universal acentúan que éste se da en el horizonte de la verdad, siempre mayor, de Dios y que le corresponde dar testimonio de esta verdad. Esta responsabilidad no concierne sólo al investido del servicio de Pedro sino que ha sido encomendada a todo el pueblo de Dios. Precisamente por ello el servicio del sucesor de Pedro debe insertarse en las estructuras colegiales, conciliares y de comunión que caracterizan a toda la iglesia. Habrá que garantizar también que el responsable de este servicio acoge con buenos ojos las distintas formas de búsqueda de la verdad existentes en la iglesia y se compromete activamente a favor de unas estructuras eclesiales de abierta convivencia. Su disposición a servir a la unidad de la iglesia y a contribuir al perfeccionamiento de la vida cristiana y del testimonio de la fe no debería ir en perjuicio de la libertad cristiana.

## Formas dialogales

Consideraremos estas formas deseadas de un servicio a la unidad como formas dialogales de convivencia, siguiendo a Francis Jacques, quien considera el diálogo como una categoría específica de la acción comunicativa. Su comprensión del diálogo presupone que, por lo menos, dos personas entran en contacto en una relación mutua dentro de un debate común y abierto para llegar a describir más y mejor la verdad. Elemento constitutivo de este debate común es, ante todo, la disposición a reconocer la alteridad del otro, renunciar a la propia posición cuando la posición del otro demuestre ser mejor y conducir el debate apostando por una auténtica convivencia en colaboración, rebajando los puntos en discordia existentes. Así, lo que mejora la convivencia no son las relaciones de poder sino el mejor argumento.

En la encíclica *Ut unum sint*, Juan Pablo II presenta formas dialogales del servicio de Pedro, cuando afirma, por ejemplo, que el servicio del obispo de Roma se ha manifestar como un servicio de la misericordia (UUS 92s.) y acentúa que su misión especial no le distingue de la que ha sido confiada a los demás obispos (UUS 95).

## Formas monologales

Juan Pablo II advierte, sin embargo, que en determinadas situa-



ciones su servicio ha de echar mano de formas de actuación en las que no puede renunciar a la propia posición. Se trata de situaciones en las que el portador del servicio de Pedro ve un peligro grave para la unidad de la iglesia y tiene que elevar su voz para hacer oír en ella la voz de Cristo (UUS 94). En estas situaciones su actuación no puede entenderse como una oferta interpretativa que puede ser acogida o no. Al remitir a la voz de Cristo, el obispo de Roma, a diferencia de otras voces eclesiales, pretende dar un testimonio vinculante de la verdad de la fe. En el horizonte de este testimonio vinculante quiere Juan Pablo II que se entiendan las definiciones del Vaticano I (UUS 94).

Las formas de actuación a las que el papa remite son monológicas. La diferencia está en la actitud que se adopte ante la cuestión de la verdad. Mientras las personas dialogales entienden su actitud como un debate común sobre la verdad, de manera que su propia posición es sólo una de las posibles, las personas monológicas presentan su propia posición como un testimonio vinculante de la verdad al que no puede cerrarse la otra parte.

### **Posibilidad de un monólogo dialogal**

El diálogo entre las confesiones no romanas ha avanzado tanto que ya no se oponen por prin-

cipio a los poderes extraordinarios que se atribuyen al portador del servicio de Pedro y que prevén, por su parte, una actuación monológica. El ecumenismo está dispuesto a admitir que el investido con este servicio debe tener todos los poderes que corresponden a la plenitud de su ejercicio. Pero se quieren garantías de que estos poderes extraordinarios no socaven el diálogo de comunión de unos con otros. Por lo que respecta a los poderes extraordinarios del sucesor de Pedro, se remiten a su inserción en las estructuras colegiales, sinodales y de comunión de la iglesia. Se espera una aclaración de cómo conciliar el recurso, en determinadas situaciones, a las formas monológicas de actuación con la estructura dialogal y compartida de la iglesia. Y se plantea la cuestión de las reglas concretas que aseguren que esta conciliación sea no sólo afirmada, sino fácticamente ejercida. Con lo que se indica que las formas monológicas que no están estructuradas en una coexistencia fundamentalmente dialogante son vistas por el ecumenismo como problemáticas.

### **Las dos categorías: el monólogo y el diálogo**

En el servicio a la unidad hace falta una autoridad que no deba someterse continuamente a un proceso de diálogo para ser aceptada. Sin embargo, parece oportuno aclarar qué márgenes puede



haber en la actitud monologal. En todo análisis sobre la necesidad de formas monologales, la verdad en cuestión, que ha de ser testimoniada de forma vinculante en formas monologales, sólo es accesible al mismo testigo con una seguridad subjetiva. Y una seguridad subjetiva no puede de por sí ser una garantía de verdad objetiva. En el lenguaje religioso no es lo mismo una verdad sobre Dios que una verdad sobre cosas profanas. Incluso en el caso de que las formas monologales se usen para hacer valer reivindicaciones religiosas de la verdad, dichas formas son provisionales y no cerradas. Ante estos límites de pura teoría del conocimiento, sobre las formas monologales necesarias de un servicio a la unidad, hay que explicar cómo pueden influir en el proceso dialogal de interpretación y búsqueda, confiado a la Iglesia en su peregrinar por el tiempo.

Juan Pablo II ha ofrecido importantes puntos de apoyo en su encíclica. Respecto a sus poderes extraordinarios ha acentuado que éstos se tomarían siempre en comunión (UUS 95). Además, el servicio del papa debe ser siempre un servicio de misericordia. El obispo de Roma rechaza determinadas formas de actuación porque no se compaginan con la manera de actuar del sucesor de Pedro.

Veamos ahora la relación cuantitativa y cualitativa de las formas monologales y dialogales, teniendo en cuenta que ambas categorías describen tipos funda-

mentales de actuación definidos a partir de reflexiones filosóficas. Esta indicación deja entender que estas categorías, cuando se apliquen a contextos de actuación históricos concretos, deben ser estudiadas con cuidado, ya que hay que contar tanto con formas entremezcladas como con trasvases de una categoría a otra.

### **La cuestión del contenido del servicio de Pedro**

El segundo foco de atención es la cuestión de la unidad misma de la iglesia. Los esfuerzos intensivos de un ecumenismo consensuado en los últimos años no sólo han elevado la sensibilidad ante la capacidad de unión de la propia comprensión de fe con las otras confesiones, sino que han reforzado la conciencia de la peculiaridad confesional. Se ha pasado de la cuestión de la forma de un futuro servicio a la unidad de la iglesia a la cuestión misma de la unidad. Esta cuestión es más importante que saber qué posición se puede atribuir a la pluralidad legítima y valiosa de las distintas confesiones en el marco de la unidad ansiada. A partir de ahí, cuando se vuelva a dirigir la atención al contenido del servicio de Pedro, habrá que preguntar específicamente qué significan estos contenidos respecto a la coexistencia de unidad y pluralidad.

Existe entre ambas cuestiones una cierta correlación. Un servi-

cio a la unidad, que pretenda una unidad uniforme y monolítica, con relativa frecuencia tenderá a echar mano de los elementos monológicos y, al contrario, un servicio, que siga la imagen de una unidad plural, hará un uso extensivo de formas dialogales. Esta conjugación de comprensión de la unidad y formas de actuación es en principio natural. Sin embargo, no dice necesariamente nada sobre fenómenos históricos concretos. Los hechos van siempre atados a un trenzado de factores que, de vez en cuando, contradicen la lógica y la consecuente realización de los principios. De ahí que ambas cuestiones se deben tratar separadamente en cada situación concreta. Y, puesto que la cuestión de la imagen fundamental de la unidad eclesial precede a la cuestión de las formas de su realización, empecemos por ella.

Escogeremos un texto que no parece prometer demasiado. Se trata del primer viaje de Pablo a Jerusalén (Ga 1,18-24) que conduce al primer encuentro con Pedro. La narración sugiere que este encuentro fue casual. El texto, tanto exegética como históricamente, queda a la sombra de los dos hechos posteriores: el concilio de los apóstoles y la llamada disputa antioquena. En contextos eclesiológicos, el primer encuentro entre ambos apóstoles ni se tiene en cuenta. Pero precisamente por ello vale la pena fijarse en él.

## Los acontecimientos del año 35 en Jerusalén

La primera visita a Jerusalén esta atestiguada por Gal y Ac. Ambas fuentes proceden de perspectivas distintas y esto explica que sus exposiciones sean en parte distintas. Una reconstrucción fiable sólo es posible si sus afirmaciones son analizadas críticamente.

Sobre la base de esta investigación se pueden reconstruir los acontecimientos de la primera visita de Pablo a Jerusalén. Hacia el año 35, por primera vez después de su vivencia en Damasco, Pablo se dirige a Jerusalén para tomar contacto con los primeros apóstoles que todavía viven, para presentarles el contenido de sus predicaciones misioneras y para relatarles su encuentro con el Resucitado. En la comunidad-madre han oído hablar del cambio de vida experimentado por el antiguo perseguidor. Pero, como no se sabe hasta qué punto estas noticias son ciertas, este encuentro con todos los apóstoles parece demasiado arriesgado (Gal 1,19 ss.). Por otro lado, rechazar la petición de encuentro no parece posible. El mismo Pablo, con su visita a la ciudad, ya se ha puesto en peligro. Su solicitud tiene visos de autenticidad.

Para resolver el dilema, se confía a dos personas la tarea de formarse un primer juicio de la integridad del visitante para ver si un encuentro del antiguo perseguidor

con todos los apóstoles puede llevarse a cabo sin peligro. Pedro y Santiago, que han tenido apariciones personales del Resucitado (1Co 15, 5.7), son los escogidos. Según parece, es primero Pedro quien hablará con él y después Santiago, si Pedro llega a formar-se un juicio positivo.

## **La actitud de Pedro**

Cumpliendo el encargo, Pedro le acoge en su casa durante quince días y mantiene con él un intensivo intercambio de opiniones (Ga 1,18). Sus conversaciones le convencen de que su encuentro con el Resucitado es auténtico y de que su conversión al cristianismo es creíble. Pero, para asegurar más su juicio, cita a Santiago, el segundo testigo. El hermano del Señor se encuentra con Pablo (Ga 1,19). Pero la situación de Jerusalén se ha complicado. Pablo, el antiguo defensor de la ley, corre ahora un serio peligro y tiene que abandonar la ciudad antes encontrarse con Santiago (Hch 9, 29b-30). Tampoco puede llevarse a cabo el encuentro con todo el colegio apostólico (Ga 1,19 ss.22), con lo que Pablo no ha podido satisfacer la finalidad de su visita. Sin embargo, ha podido reunirse con Pedro e intercambiar con él opiniones. Éste las comunica al colegio de los apóstoles y su testimonio viene corroborado por el de Santiago. Todos los apóstoles se suman al parecer de los dos y lo comunican a la comunidad de Je-

rusalén. Poco después, también son informadas las comunidades de Judea, hasta el punto de que Pablo ha pasado a ser de perseguidor a anunciador del evangelio, que ahora predica y que antes había intentado aniquilar (Ga 1,22 ss).

Considerados todos los aspectos, se llega a la conclusión de que “la imagen de este primer encuentro de Pedro con Pablo sigue en la oscuridad. Sólo podemos suponer que en Jerusalén -tal vez frente a muchos que dudaban de la conversión de Pablo-, se llegó a tener la seguridad de que él era un auténtico discípulo del Señor y había sido distinguido con una especial aparición del Resucitado” (Ernst Haenchen).

## **La actuación de Pedro como servicio a la unidad de la iglesia**

Los sucesos del año 35 dejan entrever que los apóstoles de Jerusalén son ya en este primer momento los testigos vinculantes de una auténtica evangelización y la autoridad magisterial decisiva en la iglesia. A ellos les corresponde dar un juicio sobre la experiencia de revelación de Pablo y de su evangelio. Y ya que, a partir de este juicio, se decide cuál es el lugar del antiguo perseguidor en la iglesia, su decisión ha de ser considerada como un servicio a la unidad de la iglesia.

Pedro, como miembro del colegio apostólico, participa del ser-

vicio de todos los apóstoles, pero, además, se encarga de funciones extraordinarias que no pueden llevarse a cabo por el colegio apostólico. Una primera función especial le es encargada expresamente por el gremio de los apóstoles. Ha de mantener unas primeras conversaciones con Pablo. Esta primera función extraordinaria sirve para crear las condiciones que posibiliten una actuación subsiguiente de todos los apóstoles. Además, no sólo debe preparar una actuación común de los apóstoles, sino que, a causa de las circunstancias adversas del momento, ha de reemplazarla. El juicio de Pedro sobre la autenticidad de la conversión de Pablo será, en definitiva, decisivo para todos los apóstoles. Este caso abre perspectivas, tanto para la comprensión de la unidad eclesial, al que apunta su servicio, como para las formas de este servicio.

### **La unidad de la iglesia como una unidad abierta e integradora**

Del ejemplo del esfuerzo de Pablo por establecer contactos hay que deducir que no sólo Pedro sino también los demás apóstoles consideran la fe en el evangelio de Jesucristo como el criterio que decide la pertenencia a la iglesia: antes de conocer su conversión al evangelio se le juzga por sus obras anteriores. Éstas le delatan como perseguidor de la iglesia. Por esto se apartan de él. Pero, una vez

conocida su fe en el evangelio, estos hechos pierden importancia. El enemigo de antes es ahora reconocido como miembro de la iglesia (Ga 1, 23 ss.). Por la actitud acogedora que a partir de ahora se toma con él, su oscuro pasado parece no contar absolutamente para nada.

La propia actitud para con el antiguo perseguidor se modifica antes de que su fe esté fuera de toda duda. Los apóstoles sólo saben que Pablo reivindica que es cristiano y anuncia el evangelio. Por esto los apóstoles están dispuestos a entrar en contacto con él. Ponen en segundo plano la experiencia dolorosa de haberlo conocido como un enemigo declarado, para abrirse a la idea de que Jesucristo le ha llamado también a él a su iglesia. Entienden la unidad de la iglesia como una unidad abierta e integradora, que tiene espacio en sí para todos los hombres que creen en el evangelio. Cuán integradora sea dicha unidad, se desprende de que ni siquiera excluye al que poco antes era conocido como un encarnizado enemigo de la iglesia.

### **Contenido orientativo del servicio de Pedro**

Como miembro del colegio apostólico, Pedro participa del servicio de todos los apóstoles y comparte también su comprensión de una unidad abierta e integradora de la iglesia. Su servicio personal sobresale en una situación

histórica concreta, cuando toma la iniciativa de forma especial para la realización de esta unidad. Aunque todos los apóstoles están de acuerdo en no dejar sin respuesta el contacto solicitado por Pablo, es Pedro quien lo realiza antes que todos. Tiene un encuentro con un perseguidor reciente de la iglesia y asume un riesgo incomparablemente mayor que el de los demás: no se contenta con un simple encuentro sino que le invita a su casa. Pedro es, finalmente, quien tiene el coraje de apostar y garantizar la integridad del visitante, a pesar de un intercambio muy breve de opiniones y de pruebas. Y con ello asume las consecuencias que puedan derivarse de la admisión, como miembro de la iglesia, de un antiguo perseguidor. Pedro está dispuesto a seguir adelante en su compromiso por una unidad de la iglesia abierta e integradora y a tomar sobre sí riesgos mayores que cualquier otro apóstol. Las formas de integración que hay detrás de estas conductas son, a la vez, de naturaleza monologal y dialogal.

### **Las formas del servicio de Pedro**

Especialmente remarcables son las maneras dialogales con las que Pedro acoge al antiguo perseguidor de la comunidad. Se le pide que se forme un juicio seguro sobre la autenticidad de la experiencia de revelación de Pablo y de su conversión al cristianismo. A dis-

tancia, hubiera podido someter a Pablo a situaciones de prueba y a observaciones críticas de su comportamiento, con la consiguiente ventaja de no correr ningún riesgo por su parte. Pero el primer apóstol no elige el camino menos peligroso para él, sino el menos peligroso para su interlocutor, su antiguo perseguidor. Pedro se decide por mostrarle su confianza por adelantado. Quiere resolver su cometido con conversaciones. Está dispuesto a abrirse a las exposiciones que le haga Pablo y a revisar su punto de vista, si así le obliga el peso de los argumentos. Los primeros indicios de una tal actitud abierta y dialogal hay que reconocerlos en cómo prepara la situación de su conversación con Pablo: aquel a quien otros vuelven la espalda, Pedro le invita a su casa y le ofrece hospitalidad. Es una circunstancia que vale la pena remarcar en varios aspectos. Demuestra la sensibilidad extraordinaria del primero de los apóstoles tanto por un compañero de conversación como por su situación. Pablo está expuesto en Jerusalén a los peligros que no sólo le afectan personalmente, sino que pueden poner en peligro el final de las conversaciones. Al ofrecerle hospitalidad, Pedro le presta protección y aumenta las posibilidades de que el diálogo llegue a buen término, antes de poderse convencer de la sinceridad de su interlocutor, con lo que le da por adelantado una enorme confianza. Considera gajes del oficio el exponerse él mismo al peligro.

## Formas dialogales en las conversaciones

La disponibilidad de acoger en su casa al antiguo perseguidor de la iglesia tiene consecuencias en el reparto de papeles dentro de las conversaciones. En lo que respecta al *status* de hecho de Pedro y Pablo, el uno es una personalidad dirigente del cristianismo primitivo mientras el otro es un intruso que acaba de llegar y con un dudoso pasado. Pablo viaja a Jerusalén con peligro de muerte para conseguir el reconocimiento de su evangelio por parte de Pedro y de los primeros apóstoles. Al hombre de Tarso le corresponde el papel de mendigo y a los apóstoles, en cambio, el de la autoridad. Pedro, sin embargo, no quiere adherirse a este reparto de papeles. Con la decisión de acogerlo en su casa, lo eleva al estado de huésped. Esto prueba que el primero de los apóstoles no quiere encontrar al neoconverso desde su autoridad superior sino que se esfuerza por borrar todos los trazos de su *status* para entrar en relación con él de igual a igual.

Otro indicio que va en la misma dirección debemos deducirlo del resultado final de las conversaciones. Cuando Pablo abandona Jerusalén, Pedro está convencido de que el huésped que le acaba de dejar es efectivamente un cristiano y que predica el mismo evangelio que él mismo y los demás apóstoles profesan. Y con ello hay que subrayar que no es Pablo, sino Pedro el que ha cambiado sus

concepciones a lo largo de las conversaciones. Pedro está convencido, en conciencia, de que Pablo ya no representa ninguna clase de peligro. Pablo pudo hacer escuchar su posición a Pedro y éste estuvo dispuesto a abrirse a la posición de su interlocutor y a revisar sus propias actitudes anteriores.

## Formas monologales

Junto a estas formas dialogales, Pedro utiliza formas monologales en su servicio a la unidad de la iglesia. Su uso encaja en la situación en la que da a conocer a la comunidad madre de Jerusalén su decisión sobre las revelaciones de Pablo. Como quiera que Pedro, a lo largo de estos quince días, ha llegado a la convicción de que la conversión de Pablo es auténtica y su entrega al cristianismo creíble, ya no cree necesario que tenga que haber otra conversación con los apóstoles o los demás miembros de la comunidad. El encuentro ha de servir más bien para admitir la verdad conocida y atestiguarla. Pedro quiere que los demás acepten su visión de las cosas y convencerles de su veracidad. Entrar de nuevo en un diálogo sobre la integridad del antiguo perseguidor, sería devaluar lo conseguido en su diálogo con Pablo. Que Pedro actuó de esta forma en su posterior encuentro con el colegio apostólico o la comunidad madre, lo sugiere el resultado de los acontecimientos. Dos

semanas antes se había negado colectivamente a Pablo el encuentro solicitado y se habían refugiado, por miedo, en el anonimato. Tras las conversaciones con Pedro la comunidad está tan convencida de la autenticidad de la conversión de Pablo que la alegría experimentada la lleva a cambiar radicalmente de postura (Ga 1,22 ss).

Estas reacciones específicas no sólo cubren el resultado de las conversaciones, sino que permiten sacar conclusiones sobre su desarrollo. Aquellos que no habían tenido ninguna posibilidad de formarse un juicio sobre la conversión de Pablo no tienen ya ninguna duda. Sólo así se explica que el miedo al anterior perseguidor se haya transformado en una completa aceptación llena de confianza y de alegría. Esta transformación radical presupone que la decisión personal de Pedro no sólo se ha anunciado como definitiva y vinculante, sino que el mismo Pedro estaba dispuesto a hacer frente a las posibles objeciones de la comunidad. Sólo así se podían eliminar los temores y la desconfianza que se habían levantado ante el antiguo perseguidor.

Pedro, incluso en situaciones en que no es recomendable una disposición dialogal acerca de la verdad, mantiene los elementos esenciales de una confrontación dialogal. Éstos se pueden captar en la disposición a justificar comunicativamente el uso de formas monológicas en la toma de decisiones. De manera que, en este

caso concreto, es verdad que no se da un diálogo abierto como actitud fundamental que se bate por la verdad, pero sí la disposición constitutiva de permitir voces críticas, escucharlas y defender ante ellas su propia posición.

## Perspectivas

Como una mina especialmente rica se presenta la descripción del llamado concilio de los apóstoles (Ga 2, 1-10). Y lo mismo vale para el incidente del conflicto de Antioquia (Ga 2, 11-21). Si estas dos situaciones se consideran como modelos eclesiológicos en muchos trabajos existentes, la pregunta por lo que sucedió históricamente saca a la luz unas relaciones contextuales que exigen, al menos en parte, una nueva valoración. Es evidente que, de la clarificación de tales contextos, pueden surgir interesantes perspectivas sobre el servicio de Pedro, que permitan nuevas afirmaciones sobre las líneas esenciales de este servicio. E incluso los dos textos de la carta a los Corintios nos ofrecen importantes informaciones adicionales.

Si se miran en conjunto los resultados a los que se ha llegado sobre la base de una cuestión histórica del servicio del primer apóstol, sorprende que la discusión entablada durante tantos años sobre lo esencial del ministerio de Pedro haya pasado por alto examinarlo en su actuación histórica.



## **Posibilidades y limitaciones**

¿Se abre con estas nuevas perspectivas un acceso al servicio de Pedro que pueda conducir a una discusión ecuménica renovada? La respuesta de momento queda abierta. Por eso hemos hablado de posibilidades y limitaciones. Hemos querido llamar la atención sobre este punto de partida alternativo y mostrar hasta qué punto se abren con él nuevas posibilidades. Mencionemos, sin embargo, una limitación resultante del carácter experimental de la tarea realizada. Al resultar una novedad con respecto a las presentaciones clásicas de los textos sobre el pri-

mado, se puede caer en la tentación de llegar a afirmaciones sobre lo esencial del servicio petriño, a partir del servicio de Pedro históricamente constatable, con todos los riesgos inherentes a un nuevo punto de partida. Si aquí nos hemos atrevido a hacerlo, ha sido con la esperanza de que se puedan tematizar y eliminar las carencias existentes en el discurso científico. Sólo en el ámbito de esta confrontación todavía inexistente, se podrá responder si el camino alternativo aquí presentado es fecundo y ecuménicamente rentable. Pero se tenía que empezar por algo.

**Tradujo y condensó: JORDI MARIMÓN**